



CONTRACT

Agencia Demonía

Epílogo



Nisha Scail

EPÍLOGO

Agencia Demonía



NISHA SCAIL

EPÍLOGO



Serie Agencia Demonía

© Nisha Scail 2014

Portada: © www.istockphoto.com

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

A mis lectoras.

Millones de gracias por haberme acompañado a lo largo de esta aventura,
por enamoraros de los personajes que le dan vida tanto como yo y convertir
esta loca idea mía también en la vuestra.

Nisha Scail

EIREEN & RIEL



Riel sonrió al contemplar a su esposa deambulando por la casa mientras recogía a toda prisa los juguetes que Reave había dejado esparcidos. Su hijo, quién había decidido que no merecía la pena el esfuerzo de mirar a su madre y escuchar su monólogo, apoyó la cabecita contra su hombro y se llevó el pulgar a la boca. Podía escuchar el sonido de succión seguido de algún pequeño bostezo provocado por una noche más de insomnio. A los dieciocho meses, ese pequeño diablillo empezaba a dejar palpable a quién había salido, su herencia mixta parecía tener prisa por hacer acto de aparición solo para volver loca a su frustrada madre.

—Si mamá vuelve a ver volar un solo juguete más fuera de la cesta, Reave, los donará a la primera ONG que encuentre —rezongó mientras se agachaba para recoger un pequeño camión de bomberos.

El niño bostezó poniendo de manifiesto que le importaba más bien poco lo que rezongaba ella y que su inmediata necesidad radicaba en una urgente sienta. La paz que sentía al tenerle en sus brazos solo era comparable a la que le provocaba su amada esposa. La siguió con

la mirada, maravillándose de esas llenas curvas y el redondeado trasero que meneaba delante de sus narices. El deseo fue casi instantáneo, igual de rabioso que siempre, como si no hubiesen pasado ya casi dos años desde que la Agencia Demonía la puso en su camino.

—Reave parece más interesado en echarse la siesta que en tan interesante y educativa lección, dulzura.

Ella se levantó clavando esos bonitos ojos sobre él y el bebé, el cual se había quedado dormido en sus brazos y frunció los labios en un agotado mohín.

—Y ahora es cuando elige ponerse a dormir —suspiró. Sus ojos se suavizaron y reflejaron todo el amor que sentía por su primogénito, así como la abierta pasión que correspondía a la propia—. Lo hace a propósito, ¿verdad? Esto de mantenerme despierta por las noches solo para dormirse en cuanto lo coges en brazos.

Sintió la sonrisa tras su voz y no pudo menos que corresponder a ella.

—Ha dado la suficiente guerra como para que cayese desplomado incluso si lo hubieses dejado en la cuna —aseguró cambiando de posición a su hijo, que ni se molestó en despertarse—. Está rendido.

Su aroma lo embriagaba, daba igual lo que estuviese haciendo o lo cansada que se encontrara, tenerla cerca encendía cada uno de sus sentidos conectándolos con ella.

—Bueno —comentó acariciando el pelo negro del bebé—, al menos estará descansado para la cena de esta noche —levantó la mirada—. Gabriella me llamó esta mañana para recordarme, de parte de su adorado y psicótico marido, que nos espera sobre las siete.

Puso los ojos en blanco al pensar en las posibles palabras que habría utilizado su amigo. Nishel no era ni mucho menos tan educado a la hora de expresarse.

—Entonces llegaremos a las ocho —aseguró entregándole al dormido bebé—. Tú también necesitas descansar.

Con la práctica que da la maternidad, acunó a su hijo en un brazo y cogió la cesta de juguetes con la otra.

—No tengo tiempo ni para echarme la siesta —rezongó dándole ya la espalda—. Tengo que arreglar la casa, sacar la ropa de la secadora y poner otra lavadora. ¡Oh, dios! ¡El pastel! ¡Tengo que preparar el pastel!

Con un solo pensamiento envió a su hijo a la cuna y la cesta de juguetes al dormitorio, entonces la cogió en brazos y giró con ella en dirección a su propia habitación.

—Después —declaró sin perder el paso—, ahora... a la cama.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Riel, no tengo tiempo para dormir...

Asintió.

—Bien, amor, porque yo no estaba pensando en dormir —aseguró diciéndole sin palabras lo que estaba seguro ella veía ya en sus ojos.

—Pero... llegaremos tarde!

Él se rio.

—No te preocupes, nadie va a quejarse por ello

NISHEL & GABRIELLA



—¿**Q**ué es eso?
Nishel no pudo evitar que su voz sonara ultrajada cuando vio el abeto que su mujer estaba decorando; si es que se le podía llamar abeto a esa cosa. Había visto plantas mucho más grandes y frondosas que esa cosa escuchimizada y de color azul eléctrico a la que estaba cargando de adornos navideños.

Ella parpadeó, sus ojos recorrieron el arbolito para luego girarse hacia él.

—Un árbol.

Negó con la cabeza.

—No. Eso no es un árbol —negó tajante—. Eso es una abominación de la naturaleza. Gab, un abeto... te pedí que comprases un abeto... no... eso.

—Oh, es que no lo compré —declaró volviendo a la tarea que se había autoimpuesto mientras le daba la espalda y seguía con el trabajo de decoración—, me lo han regalado.

Parpadeó.

—¿Te lo regalaron?

Ella asintió y continuó con su trabajo.

—Y no tuve valor para decir que no —aseguró ella acompañando sus palabras de un encogimiento de hombros—. No le dices que no a un Santa Claus del Ejército de Salvación.

Abrió la boca pero las palabras no emergieron de ella, de hecho, no había palabras que pudiesen dar voz a lo que le pasó por la cabeza.

—Santa Claus —repitió, su voz sonaba incluso estúpida en sus propios oídos.

—Sí, amor, ya sabes, ese tío alto y gordo vestido de rojo y blanco que agita una campana —murmuró ella. Con todo, no dejaba de decorar esa monstruosidad.

—Sé quién es, muñequita —resopló—, lo que no tengo tan claro es que narices tienes que ver él con nuestro abeto.

—Con nuestro abeto nada —replicó girándose hacia él—. Radin lo traerá hacia el mediodía, tan pronto como consiga y, cito textualmente, “arrancar a esa maldita hechicera embarazada de la tienda de ropa infantil”. Sabes, sonaba un poquito... desesperado al teléfono.

No pudo menos que sentir simpatía ante el enorme y jodido lío en el que se había metido su amigo. Sí, el dejar embarazada a una mujer era el marrón más grande al que se podía enfrentar un hombre, especialmente si dicha mujer era todo lo que querías en esta jodida vida.

Con todo, la futura paternidad de esos dos era algo que todos ellos los ex miembros de la Agencia habían acogido con alegría, especialmente sus respectivas compañeras. Y esa era solo una de las buenas noticias que habían recibido en los últimos meses.

—¿Y sabemos algo del señor “Desaparezco en combate solo para reaparecer casado”?

Si enterarse que los hechiceros iban a ser padres había sido algo inesperado, la visita que habían recibido cada uno de ellos en los últimos meses fue para caerse de culo.

Gabriella puso los ojos en blanco.

—Si por ese nombre tan largo te refieres a Nickolas, sí —respondió con un leve asentimiento—. Le di palabra por palabra tu mensaje y se partió de la risa. Dijo que contigo eran tres las amenazas de muerte que había recibido en tan solo una semana y todas con la misma finalidad; cortarle los huevos, cabeza, etc. si no se presentaba esta noche a la cena.

Asintió satisfecho. Bien. Eso le enseñaría a ese cabronazo a no desaparecer durante más de un año de la faz de la tierra para aparecer como si nada y con una pequeña mujercita cobijada bajo su brazo. Su *alada*. Ese cabrón hijo de puta se había emparejado, algo que pensó que jamás llegaría a ver en su vida y que lo había golpeado en plenos morros un par de meses atrás.

Todavía recordaba lo absurdo de todo aquello, como atendió al timbre solo para encontrarte al antiguo jefe de la Agencia Demonía del otro lado vivito y coleando y acompañado de una muchacha que compartía el mismo aura que él mismo. Su *alada*. Su compañera.

—La pobre Natalie no sabe dónde se ha metido —aseguró ella con un suspiro, entonces sonrió—. Aunque no parecía tener problema alguno para manejar al hombre del saco.

No. Tal y como él mismo había visto, la compañera de Nick, quien pertenecía al gremio de los Angely por parte paterna, era una mujer que no parecía tener problema alguno en decir todo lo que pensaba de quien fuese.

Echó un nuevo vistazo al abeto e hizo una mueca.

—¿Cómo diablos ha terminado el Santa Claus de un ejército de salvación con un abeto azul y calvo?

Gabriella se giró hacia él y se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

—¿Y por qué diablos se lo compraste?

—No sabría explicarlo —aceptó pensativa—. Sencillamente pensé que eso era lo que tenía que hacer. Había algo en él, en sus ojos... me hizo recordar que no todo el mundo tiene la suerte de tener a alguien a su lado y dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerte.

Sacudió la cabeza. Su muñequita venía de un pasado turbio, de una vida marcada por los malos tratos y la necesidad de huir, una vida que casi le cuesta todo. Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole los nudillos para luego atraerla contra él.

—Tú siempre me tendrás a tu lado, amor —le aseguró buscando sus labios—, siempre.

Ella sonrió y correspondió a su beso con esa ternura y cariño que lo llenaba por completo.

RADIN & ANKARA



— **U**m... ¿rosa o amarillo?

Radin alzó la mirada de su teléfono y miró las dos mantitas que sostenía su compañera en las manos. Una de ellas estaba adornada con alguna especie de extraños conejos y la otra con estrellas y dibujos indescifrables. Había perdido ya las veces que Ankara había emitido esa pregunta en diferentes contextos en las más de dos horas que llevaban en esa maldita tienda infantil. Su pequeña y ahora curvilínea compañera mostraba ya seis meses de embarazo, su cuerpo había cambiado para adaptarse a esa nueva vida que crecía en su interior; su primogénita, una niña que estaba seguro iba a enloquecerle tanto o más que su madre. La experiencia estaba resultando ligeramente enloquecedora, especialmente con los cambios hormonales que arrastraban tras de sí unos inesperados estados de ánimo, pero también tenía sus ventajas, como lo demostraba los enormes e hinchados pechos que ceñían el suave vestido de lana. Un pensamiento sin duda muy masculino, rumió

divertido. Bajó la mirada sobre el vientre hinchado y sonrió a pesar de todo, esa pequeña vida que se estaba gestando en el interior de Ankara era todo lo que siempre había deseado y mucho más, la confirmación de que el pasado había quedado atrás y que el futuro era suyo para disfrutarlo.

—¿Radin?

Alzó de nuevo la mirada y se encontró con los ojos azules clavados en los de él con esa ternura y suavidad que hacía que se derritiera por dentro.

—¿Otra manta? —preguntó enarcando una ceja—. ¿No compraste anteayer otra en Seattle?

Negó con la cabeza.

—No, lo que compré fue un set de toallas —murmuró mirando de nuevo ambas prendas—. Creo que deberíamos tener al menos una manta más.

Sonrió, no pudo evitarlo, el puchero en sus labios era irresistible y muy tierno.

—Kara, el bebé nacerá en primavera —le recordó. Él se había convertido en la voz de la tranquilidad y la razón en esos meses llenos de nerviosismo, alegría e incertidumbre ante la nueva paternidad a la que tendrían que enfrentarse.

Ella se llevó la mano al vientre hinchado y asintió.

—Lo sé, pero... la primavera es fresca en casa y...

Sacudió la cabeza, acortó la distancia entre ellos y tras dejar la mantita rosa sobre la mesa le entregó la amarilla.

—Ya está —declaró acariciándole la nariz con la punta del dedo—, no más compras por hoy, hechicera. Tenemos que llevar el abeto al restaurante antes de que a Nishel le dé una apoplejía.

Ankara miró la prenda que había dejado caer en la cesta y luego a él.

—¿Amarillo entonces?

Puso los ojos en blanco.

—Sí, Kara, amarillo —aseguró, cogió la cesta con los artículos que había elegido ella y la empujó suavemente hacia el mostrador—. Estoy seguro que encontrarás algo con lo que haga juego en todo el lote de cosas que tienes ya en casa. Dentro de poco tendremos que buscar otra habitación solo para poner las cosas.

Ella abrió la boca para decir algo, pero las palabras no llegaron. Sus ojos se abrieron de par en par y a juzgar por el sonrojo en sus mejillas y el brillo que cubrió sus pupilas, supo que acababa de encontrar algo más de lo que enamorarse en algún lugar detrás de él.

—Ankara, no —la previno.

Como respuesta, ella le aferró por la cintura y lo obligó a girarse.

—Mira... eso... Radin... míralo.

Siguió su mirada y vio el carrillón musical del que colgaban pequeñas figuras de cristal de colores que formaban copos de nieve. Lo asombroso no era el modelo en sí, sino lo que la luz hacía sobre los cristales al lamerlos como si fueran pequeñas llamas.

—¿Bonito, verdad? —Se acercó la dependienta con una amplia sonrisa—. Nos ha llegado hoy mismo. Es un carrillón musical, ¿no es maravilloso cómo la luz se refleja en el cristal? Es casi como si los copos de nieve estuviesen en llamas.

Ambos se miraron, comunicándose con los ojos sin necesidad de palabras.

—Es ella.

—Lo es —aceptó comprendiendo esas dos sencillas palabras. Hielo y fuego. Su hija. Su legado.

—¡Nos lo quedamos! —anunció ella con una amplia sonrisa.

La dependienta parpadeó sorprendida.

—Ya la ha oído —corroboró él haciendo sonrojar a la azorada dependienta—. Nos lo quedamos.

La mujer salió de su estupor y sonrió abiertamente, para luego empezar de nuevo con su amena charla mientras empaquetaba las cosas que su compañera había elegido para el fruto de su amor

NAZIEL & CLAIRE



Recuérdame una vez más por qué no he dejado este trabajo, *alada*?
—¿ Claire se llevó la cuchara de la masa de las galletas a la boca y deslizó esa delicada lengua rosa por el utensilio haciendo que recordase otro lugar en la que le encantaba tenerla y verla; su polla. Su susodicho sexo cobró vida propia, empujando contra la cremallera de los vaqueros y demandando atención. Señor, no había momento en que no la desease, su compañera, su mujer, su *alada*, ella era todo lo que lo separaba del más profundo aburrimiento y de cualquier clase de problemas.

—Recuérdame tú a mí de qué trabajo estás hablando, Naziel — pidió frunciendo el ceño y volviendo a mirar la masa—. Le falta azúcar.

Suspiró. Desde que Radin y Ankara se habían emparejado y ahora esperaban su primer vástago, su cometido como vigilante se había

reducido casi al máximo, un dato curioso puesto que los hijos de puta del Gremio habían extendido dicho cometido también al futuro bebé. ¿No era esa una gran y enorme putada? Después de todo, ¿qué sabía él sobre bebés?

Entrecerró los ojos sobre su compañera, recorriéndola de nuevo con la mirada.

—¿Claire?

—¿Sí?

—¿Estás embarazada?

A juzgar por la forma en que dejó caer el azúcar en el mejunje y escupió lo que quiera que hubiese preguntado, la respuesta estaba clara. Sabía que era posible que concibiera, como su compañera enlazada, como su *alada*, ella era la única que podría darle descendencia pero hasta el momento no habían hablado de tal posibilidad.

—Tomaré eso como un no.

Ella parpadeó, sus mejillas adquirieron un vivo tono rojo y empezó a balbucear.

—¿Qué te ha hecho pensar que yo...? ¿Que tú...? ¿Que nosotros...? Ay, joder... ¡Qué has hecho!

Sonrió de medio lado, desplegó las alas y las volvió a acomodar a la espalda.

—Nada, amor, todavía nada al menos —aceptó envolviéndola con los brazos, apartándola de lo que parecía ser la masa de galletas—. Vuelve a respirar, Claire, solo era una pregunta.

Se revolvió entre sus brazos hasta liberarse y procedió a fulminarle con la mirada.

—Una pregunta extraña, especialmente cuando sabes que tomo la píldora —declaró, sus mejillas cada vez más coloradas—. Así que, a menos que haya algo que tú sepas y que yo no...

Le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—Nunca te haría algo así, *alada* —declaró bajando la mirada sobre su cuerpo—, cuando llegue el momento de... ser padres... será algo consensuado.

Ella soltó el aire que había retenido y asintió lentamente.

—Bien, eso espero —aceptó, relajándose visiblemente—, pero ese momento todavía no ha llegado.

Volvió a atraerla hacia él, pegándola a su pecho.

—No, Claire, todavía no ha llegado —aseguró bajando el tono de voz, convirtiéndolo en un sensual susurro—. No estoy preparado para compartirte, ni siquiera un poco.

Su cuerpo se relajó contra el suyo. Su contacto, su presencia, ese delicioso aroma... todo contribuía a aumentar su deseo por ella, un deseo que siempre estaba presente.

—¿Y puedo saber el motivo de tan inesperada pregunta?

Extendió sus alas y la rodeó con ellas, envolviéndola en un capullo de plumas, un gesto bastante significativo entre los ángeles para con sus compañeras, una declaración de protección, de atesoramiento y amor.

—Me han ascendido a vigilante infantil —resopló.

Ella enarcó una ceja.

—¿Vigilante infantil?

—El vástago de Radin y Ankara —declaró al tiempo que posaba su frente contra la de ella—, esa niña va a ser incluso más poderosa que sus padres, lo cual realmente asusta.

—Pero será querida, mimada, apreciada y crecerá sabiendo cuál es su herencia —aseguró con suavidad—, y estarás tú y seguro que Axel también le echará un vistazo. No estará sola, nunca se sentirá perdida...

La abrazó, acunándola entre sus brazos, escuchando en sus palabras todo aquello que ella no tuvo, lo que ignoró hasta que él entró en su vida y se desvelaron todos los secretos que se ocultaban en su vida.

—Y tú tampoco —acunó su rostro entre las manos—. Mientras me quede un aliento de vida, tú, mi *alada*, jamás serás abandonada.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa, entonces echó un vistazo a la masa abandonada sobre la mesa de la cocina.

—Me temo que las galletas han quedado inservibles —se rio—, tendré que empezar de nuevo.

Él correspondió a su sonrisa y bajó las manos a su trasero, apretándola contra él para que notase su más que dispuesto cuerpo.

—Olvídate de las galletas —ronroneó—, y concéntrate en mí.

Se echó a reír, pero sintió como su cuerpo respondía al suyo.

—Se supone que llevaríamos algo para la cena —se quejó—. Se lo prometí a Gabrielle.

Bajó sobre su boca y planeó sobre ella durante unos instantes.

—Lo haremos, llevaremos... la ropa puesta.

NATALIE & NICK



O dio las navidades.
—No es verdad.
—¿No podemos simplemente saltarnos esta cena?
—No si quiero conservar los huevos —sonrió con esa paciencia y seguridad que la enervaba y tranquilizaba a partes iguales—, y tú querrás que los conserve, cada parte de mi maravillosa anatomía.
—Y tu ego entra de nuevo en acción —resopló poniendo los ojos en blanco. Natalie se giró entonces hacia el espejo e hizo una mueca; el tatuaje seguía presente en su rostro y bajaba por la uve abierta que formaba el albornoz—. ¿Por qué no desaparece? ¿Qué estoy haciendo mal?
Llevaba buena parte de la mañana y las primeras horas de la tarde intentando que las nuevas marcas que cubrían su piel se esfumasen, pero por alguna razón era incapaz de dominar ese sencillo truco que le había enseñado su compañero.
Se giró ante la mesa del tocador y lo miró con disgusto.

—Hasta el momento no había tenido problema alguno en mantenerlo oculto —se quejó—, pensé que era algo que ya tenía dominado.

De hecho, había tenido más de diez meses para comprender y dominar algunas de las facetas más simples de su nueva naturaleza. Ahora que el cáncer ya no ponía en peligro su vida eran muchas las cosas que habían cambiado; errores enmendados, nuevas posibilidades, no se había detenido ante ningún obstáculo. Siempre acompañada y guiada por ese sexy y coqueto hombre que la amaba, volvía a ser ella misma y mucho más. Las culpas y los miedos del pasado habían sido hechos a un lado. Retomó el contacto con su familia, aunque solo fuese para hacerles saber que estaba viva y bien, el nexo que ahora mantenía con ellos a través de su hermana era sin duda el motivo por el que hubiese llegado a dar tal paso. Su padre biológico, por otra parte, se había convertido quizá en un misterio todavía mayor, uno en el que no dudaba en indagar cada vez que tenía oportunidad.

Sintió las manos de Nick sobre sus hombros antes incluso de reparar en su figura a través del espejo que le devolvía su imagen.

—Volverás a tener pleno control sobre tu cuerpo y el poder que ahora habita en su interior en el preciso momento en que te relajes y dejes de corretear de un lado a otro como un asustado ratoncillo —le aseguró acariciándole la oreja con los labios—. Siento tu miedo, tu temor a no ser aceptada, a no encajar y el nerviosismo que te recorre. Apaga ese pequeño cerebro pensante y guíate por el instinto. Son nuestra gente, parte de mí, parte de nosotros... nadie va a dejarte fuera.

No, sabía que no lo harían. Cuando Nick la arrastró meses atrás a través de medio país y luego fuera de este para cumplir con su propia agenda, la cual había apartado para enfrentar su propio destino, lo que encontró fue alegría y aceptación. La sorpresa también había estado ahí, especialmente cuando, después de comprobar que su

antiguo jefe seguía vivo, los ex Agentes de la Agencia Demonía la miraban a ella y se quedaban de piedra cuando la presentaba como su mujer, su compañera. Sus respectivas esposas y compañeras habían sido más racionales y menos impactantes, quizá porque al igual que ella venían de un mundo en el que lo más raro que podía pasarle a alguien era que viese un coche con lunares.

—Cierra los ojos y concéntrate en mí —insistió. Sus manos resbalaron por el interior del albornoz, lo hizo a un lado y volvió a calentarle el oído con su aliento—. Respira profundamente. Mira en tu interior, busca aquello que eres y lo que quieres ser, visualízalo y deja que se extienda sobre tu piel como un suave e imperceptible manto.

Siguió sus instrucciones, reguló la respiración y casi ronroneó bajo el contacto de sus manos que la excitaba sin remedio. Pero allí estaba, ese hormigueo que empezaba a reconocer, el que le decía sin necesidad de palabras todo lo que necesitaba saber.

—Respira —deslizó los dedos por su piel como si fuesen alas de mariposa—, siéntelo en tu interior, guíalo, tú eres la que tiene las riendas, la que lleva el pincel y elige los colores con los que dotar de vida el lienzo en blanco que tienes ante ti...

Se imaginó a sí misma con la piel suave y lisa, sin símbolo alguno, tal y como había sido antes de que todo ese poder recalase en sus manos. Lo sintió, sintió ese suave hormigueo recorriéndole la cara, el cuello, sus pechos y el costado por el que bajaba hasta detenerse alrededor de su cintura como un extraño cinturón.

—Esa es mi *alada* —escuchó la voz satisfecha de su compañero antes de recibir un beso sobre la mejilla—. Ahora sé buena y vístete. Por mucho que yo te prefiera desnuda, no es un estado que quiera compartir con nadie.

Parpadeó varias veces y sonrió al ver como las marcas habían desaparecido por fin, camufladas bajo su nuevo poder.

—Es una pena que todo esto no sirva también para evitar que se me queme hasta el agua —murmuró al tiempo que recomponía el albornoz—, sería de lo más útil.

—Afortunadamente me tienes a mí, un chef en la cocina.

Sonrió, no pudo evitarlo, la confianza con que lo había dicho le recordó una vez más el enorme y delicioso ego que tenía su compañero.

—Uno que sin duda domina el arte de la comida a domicilio que es un primor.

—Ofenderás mis sentidos culinarios, Natalie.

Se encogió ligeramente de hombros y le miró a través del espejo.

—Tu ego lo superará, Nick, no lo dudes.

Él no dudó en corresponder a su sonrisa al tiempo que la rodeaba con los brazos desde atrás y la envolvía con ese delicioso aroma y calidez que identificaría en cualquier lugar.

—¿Lista para enfrentarte una vez más a mi mundo, encanto?

Deslizó la mano por encima del albornoz hasta coger la suya y se la llevó a los labios.

—Solo si tú estás ahí para recogerme en caso de que todo se tuerza.

—Siempre, Natalie —aseguró con todo el amor que le tenía reflejado en sus ojos—. Siempre estaré ahí, eternamente.

ARION & CASSIE



Y ese esperpento?
—¿ Nishel resopló ante el comentario de Arion, no tenía que girarse para saber a qué se refería, Gabrielle se había encargado de darle un lugar de honor a esa horrorosa cosa azul en el recibidor del restaurante.

—Es sin duda... pintoresco —añadió Cassie, su esposa, quien batallaba en esos momentos para liberarse del abrigo.

—Feo, cariño, es feo y con ganas —replicó llamando a las cosas por su nombre—. El árbol de verdad está en el comedor. Eireen y Ankara le están echando una mano a Gabriella con la decoración.

Ella soltó un suspiro de alivio cuando por fin logró deshacerse de los botones y se quitó el abrigo. Su avanzado embarazo dejaba claramente a la vista el motivo de tales dificultades.

—En ese caso iré a echarles una mano —aceptó al tiempo que le tendía el abrigo a su marido, quién la contemplaba como si fuese lo más hermoso que había visto en su vida. Una mirada que sin duda tenían cada uno de los allí presentes cuando observaban a sus

respectivas compañeras—. Si consigo llegar al comedor antes de necesitar una visita al cuarto de baño.

—Cassandra, tómatelo con calma, ¿de acuerdo? —la previno Arion conociendo perfectamente a la mujer con la que se había casado al puro estilo Las Vegas.

Ella puso los ojos en blanco, les dio la espalda a ambos y se marchó bamboleándose como un pato. Nishel no pudo evitar imaginarse a su mujer en tales lides, pero el fugaz pensamiento fue cambiado al instante por un rotundo “ahora no es el momento”.

—Está...

—Inmensa —aseguró su amigo con una divertida sonrisa—, y agotada. Ese par de diablillos la están llevando al límite.

Gemelos. La noticia los había golpeado como un tren de mercancías, no era muy común entre los de su raza el que se diesen tales regalos. Arion era un ángel Veritas y su compañera una poderosa bruja, la combinación de ambos sin duda resultaría interesante.

—Pero ya falta menos para que estén aquí y nos vuelvan locos —concluyó el futuro padre.

Sonrió de medio lado y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Sin duda, la Agencia Demonía va a tener interesantes reemplazos si alguno de nuestros vástagos decide seguir los pasos de sus padres.

Arion se echó a reír.

—Solo si sus madres no nos cortan a nosotros antes los huevos por pensar tan siquiera en tal cosa.

—Algo que considero muy posible.

Ambos se giraron al unísono al escuchar la inesperada voz masculina que traspasaba ahora la puerta abierta. Al igual que meses atrás, su llegada le causó alivio y alegría a partes iguales. De muchas maneras, ese cabronazo, el cual ahora llevaba el pelo rubio corto, era el responsable de que todos ellos estuviesen ahora allí y con sus respectivas compañeras.

Ahora, la familia estaba al completo.

—Llegas tarde —declaró llevándose las manos a la cintura y calibrándolo con la mirada.

Él enarcó una ceja y sonrió de esa forma perezosa que los sacaba a todos de quicio.

—¿Cuándo he llegado yo a mi hora?

—Nunca —añadió su compañera, mirándole con diversión—. Casi estoy por apostar que llegarás tarde incluso a tu propio funeral.

—Es posible —sonrió con petulancia al tiempo que le guiñaba un ojo—. Entonces, ¿somos los últimos?

Nishel puso los ojos en blanco.

—No sé para qué preguntas algo que seguramente ya sabes —contestó y le tendió la mano con abierto afecto—. Siempre te ha gustado causar efecto. Vamos, entrad.

Nick estrechó la mano con la suya y correspondió al masculino abrazo y la palmadita en la espalda.

—¿Y tú cómo lo llevas, dulzura? —preguntó interesándose por Natalie, el añadido más reciente a su grupo y al mundo al que todos ellos pertenecían.

—Lo llevo —aceptó ella sonriendo tímidamente. Se quitó la chaqueta y se la entregó a su compañero, quien estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Era nuevo ver a Nick en tal faceta pero al mismo tiempo resultaba reconfortante. Ese hombre se merecía la felicidad que parecía haber alcanzado por fin al lado de esa mujer.

—Roma no se construyó en un solo día —le recordó su compañero, haciendo desaparecer la chaqueta en un parpadeo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No, pero la incendiaron en menos.

Se rio, no pudo evitarlo. Sin duda Nickolas había encontrado la horma de su zapato.

—Natalie, dulzura, encontrarás al equipo femenino peleándose con el abeto en el comedor —la recibió tendiéndole la mano a modo de invitación—. Todo recto y luego a la derecha. Sigue los gritos.

—Seguir los gritos —repitió ella al tiempo que sacudía la cabeza—. Y los paleontólogos pensando que el primer eslabón de la humanidad sigue perdido.

La muchacha les dio la espalda a todos ellos y se marchó rezongando por lo bajo.

—¿Tu mujer acaba de llamarme...?

Arion se echó a reír por lo bajo.

—Me gusta tu chica, Nick.

El aludido sonrió ampliamente.

—A mí también, cada día más —aseguró en tono jocoso.

Nishel sacudió la cabeza y terminó riendo.

—Sí, sin duda has dado con la horma de tu zapato.

El antiguo jefe de la Agencia se limitó a encogerse de hombros, pero en sus ojos podía verse con total transparencia que estaba de acuerdo con esa afirmación y también encantado

MI AGENCIA DEMONÍA



Nick observaba en silencio a todas las parejas allí reunidas, sus vidas habían sido complicadas en el mejor de los casos, un infierno en otras y el ver la felicidad que ahora les embargaba, el brillante destino que tenían por delante, hizo que se sintiese satisfecho de cómo se habían desarrollado las cosas.

Había creado la Agencia Demonía por un motivo quizá egoísta, para enmendar sus propios errores, pero esta le había reportado mucho más de lo que pudo haber vislumbrado.

—¿Estás bien?

Se giró al escuchar la suave voz de Eireen a su lado, esa pequeña y curvilínea rubita había cambiado por completo la solitaria vida de Riel, lo había convertido en padre y dado significado a su existencia.

—Mejor de lo que pensé estarlo nunca —aceptó, con una sincera inclinación de cabeza.

Ella asintió, se quedó a su lado y contempló a los presentes del mismo modo que había hecho él antes.

—Gracias, Nick.

Él enarcó una ceja ante el emotivo tono en su voz y la miró. Sus ojos se encontraron y la ternura que vio en ellos lo tocó en lo más profundo.

—Cada uno de los que están aquí esta noche, a su manera, están más que agradecidos de haberte encontrado, de que hayas puesto la Agencia Demonía en sus vidas —aseguró—. Posiblemente no oirás esto de tus agentes, los hombres parecéis tener un defecto congénito en lo que se refiere a mostrar sentimientos con otros de vuestro sexo pero, todos y cada uno de los aquí presentes, darían todo lo que tienen por ti.

Asintió lentamente, sabiendo en su fuero interno que lo que decía Eireen era verdad. Podía ser que se hubiesen encontrado por azar, que fuera cosa del destino, pero todos los allí reunidos esa noche compartían ya un vínculo indisoluble, uno que los llevaría a hacer cualquier cosa por el hombre o mujer que tenían al lado.

—Gracias, Eireen.

Ella sacudió la cabeza, se apoyó en su brazo y lo obligó a doblarse para poder besarle en la mejilla.

—No, *hermanito*, gracias a ti.

Sin más, la pequeña humana atravesó la sala y se reunió con Riel, quien sostenía a su hijo ya despierto.

—¿Debería ponerme celosa?

Sonrió al escuchar ahora la voz de su compañera antes de sentir sus brazos rodeándole la cintura, mostrando dos copas de champán en ambas manos.

—Solo si quieres que mi ego crezca aún más —le dijo, cogiendo una de las copas y rodeándola a ella con el brazo.

—Si crece más no entraría por la puerta, Nick.

Él sonrió, la besó en la frente y respiró su aroma.

—¿Eres feliz, *alada*?

Ella parpadeó ante la inesperada pregunta, entonces sonrió y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Lo soy desde que estás junto a mí —aceptó sin ambages, siempre sincera—. Algo que creo que comparto con todos ellos.

La miró y asintió.

—Por muchas más vidas junto a ti, mi *alada* —pronunció alzando su copa en un íntimo brindis.

—Por una eternidad junto a ti, Nick —correspondió ella, chocando la copa con la suya.

Ambos dieron un sorbo al burbujeante líquido, entonces y para su sorpresa, Natalie se separó de él, le cogió la mano y se giró al resto del grupo.

—¡Por la Agencia Demonía!

Todos ellos se giraron al unísono al escuchar su voz. Sonrisas, asentimientos, amor, ternura, compañerismo... todo se reunió aquella noche en una sola habitación y en una sola voz.

—¡Por la Agencia Demonía!

El tintineo de los cristales, las risas y la algarabía continuó durante toda la noche y lo seguiría haciendo en los corazones de sus agentes.